

## DISCURSO

DEL SEÑOR DON GUILLERMO CAMACHO CARRIZOSA,  
MINISTRO DE COLOMBIA.

La colocación de esta lápida, que ha modelado con exquisito sentimiento la mano de un artista, no es un acto de mero protocolo ni una fórmula anodina de cortesía internacional. Esta lápida conmemorativa, que no puedo contemplar sin emoción, y que rima en este paraje silencioso, donde se alberga el pensamiento del pasado, con la estatua de Menéndez y Pelayo, tiene una significación más noble y más profunda: es una elocuente afirmación y un desagravio. La afirmación de una raza. El desagravio a una gloria legítima de América.

La guerra, que es por definición inexorable y que se rige por métodos de bronce, induce a errores que lleyan muchas veces en su seno el fecundo germen de las grandes justicias y de las definitivas reparaciones de la historia. Y yo, como representante de Colombia, en esta fecha inolvidable para mi patriotismo, vacilo al escoger entre la grandeza del martirio y la nobleza de la reparación, pues el desagravio a que asistimos—nota egregia—es, por la gallardía de sentimientos que lo inspiran, una página del Romancero.

En esta ceremonia, que ha venido a solemnizar con su presencia su Majestad don Alfonso XIII, rey caballero y perspicuo hombre de Estado, rey que siente, como gran español, los ideales de su raza, y que cumple, como gran patriota, los augustos deberes de su cargo; en esta ceremonia surge, por invencible sugestión, un comentario. España no ha sido nunca indiferente ante el destino de la América española. Ni cómo

podría serlo? En la reciente lucha de pueblos contra pueblos, que tanto ha perturbado el equilibrio del mundo, ya vimos cómo se establece una solidaridad siempre instintiva entre los hombres que proceden de la misma sangre y que se comunican con una misma lengua. España debe, pues, considerarse poseedora de un depósito sagrado de esperanzas y de tradiciones, que está obligada a conservar inextinguible y a fomentar como suprema razón de su existencia; es un espléndido patrimonio espiritual que penetra en el subsuelo del pasado y que lanza al cielo del futuro su flecha victoriosa.

Como en aquella fábula en que vuestro esclarecido comediógrafo teje sobre un fondo aparentemente frívolo un desenlace profundamente humano, son los hijos, «Los cachorros,» quienes reconcilian a sus ascendientes; ellos transforman su cólera inflamada en armonía, y fraternizan, y se funden para emprender, ya unidos, la peregrinación del porvenir.

Caldas, cuya memoria aquí reivindicamos, representa, dentro de las naturales fronteras de su tiempo, un valor científico absoluto: director del *Semanario de la Nueva Granada* y del Observatorio Astronómico de Bogotá, que fue el primero que se fundó en América; geodesta, astrónomo y botánico, Caldas tuvo, según la autorizada y enérgica expresión de Menéndez y Pelayo, «genio de invención.» No es, acaso, éste el momento de hacer un detenido comentario sobre las dimensiones de su obra; diré sencillamente que en su correspondencia epistolar, en sus memorias sobre la geografía del Virreinato y sobre *el influjo del clima en los seres organizados*, escritas—no conviene olvidarlo—mucho antes de Lamarck, de Darwin y de Taine, Caldas afirmó cualidades descollantes de pensador original y de es-

crítor de frase pulcra y clara como alcohol rectificado. Y es que la inteligencia humana «es un conjunto tan armónico en sus partes, que todo gran espíritu es un buen escritor siempre.»

Pero si el comentario científico rebasaría los límites, forzosamente estrechos, de esta breve alocución, no es inoportuno hacer notar la influencia bienhechora de quienes se consagran a extender el dominio de los hombres sobre la naturaleza, haciendo más útil, más fácil y más justa la convivencia humana.

La ciencia que descubre los íntimos secretos de la vida y que sorprende las leyes inmutables de la mecánica celeste, es algo más que un pasatiempo de los sabios; de la ciencia se derivan fuerzas nuevas que alivian el esfuerzo de los hombres, nuevos conocimientos que mitigan su dolor, nuevas fórmulas que emancipan el trabajo de los débiles y que redimen la condición precaria de los desheredados. Y en este sentido los sabios son, como los héroes o como los estadistas, redentores de pueblos y propulsores del derecho.

La ciencia de Caldas, llama espiritual de que se enorgullece el pensamiento colombiano, y que resplandece como un astro en el cielo virreinal de la América española, refuta una leyenda adherida a la corteza de la historia como la hiedra al muro. Caldas, nacido en Popayán, ciudad archiespañola de arcaicos abolengos, de ambiente casto y reflexivo, una de aquellas ciudades de provincia silenciosa, que es donde reside la fuerza inagotable de los pueblos; Caldas, nacido en Popayán, pero educado por España, demuestra, con el testimonio irrecusable del hecho positivo, que España era poseedora de una ciencia que irradiaba por el Nuevo Continente, y que infiltrándose en aquella tierra virgen cubrió de nitratos el surco americano.

Es, pues, fábula insidiosa aquello de que España mantuvo en sus colonias un ambiente frío de sombras. Porque la Expedición Botánica que fue a Nueva Granada, bajo la dirección de Mutis, es el antecedente indispensable para establecer con propiedad la filiación científica de Caldas; es, en suma, la clave de su cultura y de su ciencia. Mutis formó a Caldas.

Creadora de pueblos en la integridad de la palabra, no simple explotadora de factorías comerciales opulentas, España, que estaba preparada para la épica aventura, nos dio el zumo elaborado de una civilización ya definida, su fe religiosa y su concepto del derecho; una literatura y una lengua, y como vértice de la odisea impareable de sus argonautas, llevó también al Nuevo Continente aquel cristiano y democrático sentido de la vida humana que palpita en sus leyes de Indias, que son la más grande obra legal en beneficio de los aborígenes de América.

Los resguardos de indígenas establecidos por España—para citar un ejemplo luminoso—que hacían del indio explotado y sumiso un ciudadano independiente, y propietario, a cubierto de los desafueros usurarios del cacique, fueron una admirable institución que nosotros, reformadores apresurados, no supimos conservar, pero que hoy serían, sin embargo, el ideal pacíficamente realizado, de la revolución agraria. Porque, ¿cuál es el fondo acerbo de la sorda lucha social que agita al mundo, sino ese problema eterno del usufructo equitativo de la tierra que España, respondiendo, previsora, a la queja muda del indígena, y anticipándose tres siglos a la evolución de las ideas, solucionó en América sin ruinas, sin deprecaciones ni trastornos?



Pero ya debo terminar.

Cumplo gustoso con el deber de manifestar mi gratitud a la distinguida dama doña Blanca de los Ríos de Lampérez, quien con el prestigio de su talento literario y la nobleza de sus sentimientos, tan españoles y tan americanos a la vez, ha cooperado eficazmente al esplendor de este acto, que es un símbolo cuyo sentido podría resumirse en una frase, ¡qué digo!, es un símbolo que ya el autor de esta lápida se anticipó a expresarlo para siempre en su idioma de bronce: es el beso de la reconciliación que funde los matices, el beso maternal que España deposita sobre la frente inmaculada de un hijo ilustre de Colombia.

Y ahora permitidme que en representación de mi país, y después de renovar a su Majestad don Alfonso XIII y a su eminente colaborador oficial, el Excelentísimo señor marqués de Magaz, el testimonio de mi reconocimiento por haber honrado con honra tan insigne a un colombiano, haga extensivo el homenaje de mis compatriotas a la gentil y bella Soberana que, al compartir con su augusto consorte las grandezas y los deberes del Trono, ha sabido enaltecer la función regia con el tesoro de sus virtudes transparentes y con el bálsamo de su sonrisa.

He dicho.

---

## HOMENAJE DE ESPAÑA A COLOMBIA

---

Su Majestad el Rey don Alfonso XIII y el Gobierno español han dado a Colombia una prueba elocuente de la admiración sincera y fervorosa simpatía que la tienen, demostrándoselas con un acto muy elocuente en el día de la «Fiesta de la Raza,» al honrar en Colombia a la América española, y en un colombiano eminente a toda la República.